

en pirotecnias de algodón escardado. La ciudad entera se volvía de azúcar como los alcázares de confitería; y por un largo rato vivimos los habitantes de la metrópoli, en una ciudad construida con fragmentos de estalactitas cristalinas, copos de nieve inhollada, pétalos de lirio y plumas de paloma. La metrópoli se vistió de fiesta y tuvo su primera coquetería primaveral.

Sólo en los campos y en los jardines de los pueblecillos cercanos, las flores nuevas, las flores cargadas de polen y de savia virgen, caían heridas, mutiladas, arrancadas sin piedad por estos proyectiles meteorológicos que, como todas las fuerzas de la naturaleza, adornan aquí, destruyen allá, en unas partes sirven de ornamento y en otras de ruina, como seguras de que así debe ser para cumplir con las fecundas metamorfosis de la vida.

1905.

FLORES Y TRISTEZAS

Pasar por encima de los sucesos tristes, de las noticias alarmantes, de las *crónicas negras*; pasar, sin juicio, sin reparo, sin detenimiento a través del campo de ortigas de la prensa, sembrado por los *reporteros* de gacetillas e informaciones; pasar saltando atrevidamente por las ásperas malezas de los calogramas; pasar siempre en busca de la frase de cáscara dorada, de la fruta de cera del símil, de la pompa de jabón del tropo, de la mariposa de papel de la metáfora, es una ocupación inútil, infantil, inocentona, efímera; y, sin embargo, ninguna otra puede compararsele en lo aburridora, en lo fatigosa, en lo agotante. Es el ingenio trabajando a destajo; la gracia contratada para el *Café Cantante* del periódico, el humorismo enharinado y haciendo ridicleces de circo. En apariencia, ningún oficio mejor que el de escribir literatura alegre y vana. Aguzar y retorcer los conceptos, matizar el estilo, entreteter las palabras, como se entretieren en un bordado los hilos para formar dibujos caprichosos y brillantes, fabricar fruslerías delicadas y engañadoras, juguetes fantásticos, cuentas de vidrio y pederías falsas, se diría que son cosas de pasatiempo y animación, fiestas cerebrales en las que se ejer-

citan, regocijadamente, las ideas, y se hacen más sutiles y flexibles, y más sanas y vigorosas en esta gimnasia intelectual llena de inesperadas y atrevidas evoluciones.

Qué maligno engaño! No es saludable ni grata la tarea. Es, por el contrario, triste, monótona, impía; a veces torturante. Todos los cronistas, en todas partes, han dicho lo mismo. Yo repito ahora la queja, porque me veo cohibido, me siento atado, me declaro prisionero. El tema es mi verdugo y mi alcaide. La vida me da el asunto; me obliga a seguirlo. Hago versos con pie forzado.

Hoy, en principios de año, y para un número especial de "El Mundo Ilustrado," he de escribir un artículo de flores, un cuadro de *naturaleza muerta*. Y me he dicho, a este propósito, que en un combate floral, lo que más me impresiona es la prostitución de las flores. Pero ahora casi estaría por desdecirme, pensando en otra cosa más importante. No asistí a la fiesta del pasado domingo; pero, aun sin propósito deliberado, me asomé a ella, la vi desde lo alto, la dominé un momento.

Y me pareció que las gentes no sabían regocijarse, enloquecerse, dar rienda suelta a la jovialidad. Me pareció que no es para nuestro carácter, un poco tímido, un poco huraño y escondido, una fiesta de cándido desenfreno, este simulacro de furia báquica, esta orgía sencilla, de rocío y de rosas, en la cual el contento se deshace en gritos y en flores. Este festival debe de ser, en otros países, una lucha de atrevimientos, una guerra de travesuras. El además—me figuro yo—será impensado, franco, valiente; no puñados, brazadas de pétalos volarán

por los aires, y con ellos, la burla, el epigrama, el zumbido de la ironía, el requiebro galante, el grajejo picaresco, la alusión caricaturesca, la crítica punzante y cómica.....

Nada de eso vi ni oí durante el minuto en que mi curiosidad se asomó al hervidero humano de la fiesta. La multitud crecía, los coches se apretaban en cordones interminables, cruzaban ante mis ojos toldos de gardenias, guirnaldas de margaritas, cintas de rosas, festones de pensamientos, figuras extravagantes, o complicadas o exóticas, todas hechas con flores, con muchas flores, con derroche de cálices, blancos, rojos, azules: una sombrilla japonesa, una concha gigantesca, un sombrero colosal, un kiosko, una barca..... La mirada, apaciblemente, se posaba sobre todos aquellos caprichos, como se abate una mano para hacer una caricia. Los colores se empastaban y difundían en la suave y tristonía luz de un crepúsculo lluvioso. Los horizontes de la tarde a penas dejaban clarear uno que otro rayo de palidez lunar y dulce.

Yo veía. El gentío hormigueaba, pero sin inquietudes, sin palpitaciones, sin movimientos bruscos, sin remolinos de entusiasmo; los coches pasaban, pero sin gritos, sin combate, sin catapultas de brazos enflorados. Mujeres hermosas y risueñas; hombres elegantes y amables; mas ni ruidos, ni exclamaciones, ni luchas cuerpo a cuerpo, con los frescos e inofensivos proyectiles, ni ojos resplandecientes que recogieran el brillo del día moribundo, ni voces nerviosas que cantaran la felicidad de olvidar, en el bullicio colectivo, el miedo de sufrir.....

Y pensé: un viejo sedimento de raza, forma todavía la base de nuestro carácter actual. Nuestras

muchedumbres no son expansivas; no saben exteriorizar arduosamente sus impresiones. No las invade ni las penetra, poro a poro, el regocijo. Gozan reflexiva y pausadamente, como si quisieran oponer al goce el obstáculo obscuro de su prehistórica melancolía. He aquí un combate de flores sin accidentes, sin peripecias, sin estrategia, sin la vergüenza de la derrota, sin la exaltación gloriosa del triunfo.

Sobre una multitud inmensa se derrumba una rica pradera americana, cae sobre lujos y pobreza, sobre fealdades y hermosuras, sobre modas y vanidades.

¡Y qué desengaño! En nuestra tierra, para estos combates, sobran flores y falta alegría.....

*
* *

Al llegar a este punto reflexiono. Estoy perjeñando un artículo sin tropos, sin metáforas, sin elegancias, sin giros suaves y ondulantes, sin los mágicos bailes de serpentina de un estilo ligero y plateresco. Este artículo de flores, tiene muy pocas flores retóricas. Es un forzado literario. Como dije al principio, siente las ligaduras que lo oprimen. Mi imaginación está ocupada con graves ideas políticas, con ideas serias y uniformadas como diplomáticos en recepción. Quisieran estas ideas hablar, despotricar, irse, sin estiramientos ni fingimientos, por el jardín artificial de la crónica. Mis ideas no son trascendentales, no son autorizadas. Podrán despojarse del uniforme, soltar el fingido

énfasis, y comentar la noticia del día, el asunto de Guatemala; comentarlo a tontas y a locas. Eso es lo que quisiera este artículo. Pero no ha de ser; no debe ser. La frivolidad de un combate floral, le impone tema.....

1906.

LA PRIMAVERA EN LA CIUDAD

Por entre las mañanas nubladas y las tardes ventosas y frías, comienzan a abrirse paso las horas primaverales. Todavía, sin embargo, tenemos días opacos, airosos y ardientes, tardes grises, noches sin estrellas y promesas de lluvia a cada puesta del sol.

Y es que la naturaleza, en nuestro clima, es caprichosa, casquivana, coqueta. Nadie puede prever su volubilidad ni adivinar sus intenciones.

En las mañanas frescas, azules, puras, bañadas de luz que ríe en la transparencia de la atmósfera y que cae como gasa sutil sobre todas las cosas, no es posible presentir los medios días tropicales de horizontes que hierven en oro, y de claridades que ciegan y abochornan, ni las tardes morenas y mates, que hacen palidecer las refulgencias y entristecen y empenumbra los cielos.

La noche suele ser más loca todavía. Primero sopla hálitos invernales, cefirillos de Noviembre que punzan y entumescen; en seguida exprime algunos nubarrones sombríos, que arrojan, por aquí y por allá, gruesas gotas que estallan en vidrios y muros, como si se quebrasen al chocar; y luego, tras indecisiones e inquietudes, cuelga muy en lo alto, un

segmento de luna que parece como esmalte engastado en ónix. Y el viento suave y tibio que nos acaricia, perfumándonos como la respiración de una mujer, se encarga de decirnos: ¡Tontos! no tengáis miedo, nos hemos disfrazado por capricho; pero el cielo está luminoso como siempre; yo soy aura gentil, aura de aquellas a las que cantan los poetas jóvenes y vulgares, y ésta que veis es una de las primeras noches primaverales, una precursora de las profundamente azules y cuajadas de estrellas...

Para los que no podemos vivir en el campo, para los que estamos encerrados, como en una prisión al aire libre, en el corazón de la ciudad, para los que no llegamos, por ocupaciones y pereza, rumbo al Poniente, hasta la Alameda, o rumbo al Oriente, hasta los llanos de San Lázaro, la primavera se nos presenta sólo en los jardines del Atrio y del Zócalo. La recibimos en la Plaza principal.

Y hay que ver, en la mañana de un domingo, la actividad y el movimiento en las calzadas de esos jardines, cuyos árboles no están plantados, como en el verso de *Flor de un día*, por la mano de Dios mismo, sino por manos municipales, bien intencionadas, pero poco estéticas, que quitaron con sus follajes y verduras, dos de las más hermosas vistas de la ciudad: la majestad de la Plaza de Armas, y la severidad del atrio de la Catedral. Dios haya perdonado a los autores de estos desacatos a la belleza pública.

El Zócalo no abriga los domingos, bajo el palio de sus árboles, faldas de seda, elegancias altivas ni orgullos aristocráticos. Es, por lo general, la pobreza honrada, la sana burguesía, la burocracia baja y sin ambiciones, la que se apiña al rededor

del *Kiosko*, buscando la fresca sombra de los rama-
jes floridos y espesos, para oír un trozo de ópera
vieja a una banda militar en cuyos instrumentos
hace el sol mil doradas coqueterías.

No, claro que allí no hay sedas ni terciopelos;
ni circundan el jardín las hileras de carruajes fla-
mantes; pero, en cambio, hay la alegría sincera del
domingo; el triunfo del trabajo que se pone a des-
cansar unas horas, para seguir con más ahinco la
labor del día siguiente; el regocijo del hortera que
se ve libre por instantes de su esclavitud y su fae-
na; el goce del artesano que se vistió de limpio y
oyó misa, y que anhela encontrar fuera de la em-
briaguez y del vicio, una fuente de recreo en las re-
sonantes *fanfarrias* que tocan melodías fáciles y
dulces. Las mañanas, en esos jardines públicos,
tienen un vago y sabroso misterio de cosas bue-
nas, de gentes sencillas, de almas risueñas.

Entre esas frondas, los humildes oyen cantar
el pajarito de la gloria. El amor cuchichea allí con
inquietudes de alondra y palabras de comedia ca-
sera; pero es un amor sentido, bien hallado en aquel
paseo a donde hace una escapatoria de su encierro
semanario en un cuarto destartado, en un taller
sombroso, o, entre minuta y minuta, sobre un apoli-
llado pupitre.

La luz hace prodigios en la fronda de los árboles;
muda en sedas los percales de las muchachas; vuel-
ve diamantes sus cuentas de vidrio, y pone en sus
ojos toques de alegría. Un coro de granujas, que de
fijo olvidaron el hambre, aplaude a rabiarse, a la
banda que acaba de tocar los *aires nacionales*; y
pasa en carrera loca y a risa tendida, una banda

da de niños, persiguiendo una bola de goma color
de púrpura.

Y por estas mañanas domingueras, compren-
demos, los encarcelados en el corazón de la ciudad,
que se acercan los calientes y fragantes días prima-
verales.

1895.

LA CIUDAD EN TINIEBLAS.

Nadie se esperaba la invasión. La costumbre de vernos siempre iluminados por estas lácteas y callejeras claridades, nos había hecho olvidar, casi por completo, que existía, como dijo Hugo, una cosa formidable: la noche. En las entrañas de la ciudad nuestras puestas de sol estaban complicadas de luz que parecía matinal, de modo que aturdidos por el placer o por el dolor, perdida la noción de tiempo, podíamos muy bien levantarnos de la mesa del festín, o del suelo donde nos retuvo la desesperada oración a la muerte, y figurarnos, al volver a la realidad, que lo que reflejaban los vidrios de las ventanas, lo que empapaba con suavidad los muros fronteros, lo que blanqueaba el aire diluyendo en alburas indecisas el oro del crepúsculo, era la luz de la mañana. Ya en la vía pública, el error quedaba comprobado en un momento, y los escaparates de las tiendas, cuadriláteros brillantes que se proyectaban como juegos de linterna mágica sobre el gris pavimento de la calle, o, de trecho en trecho, los focos del alumbrado público, que relucían irisándose, como las pompas de jabón que llenan de humo los chiquillos, nos convencían de que aquel parpadeo de penumbras era la agonía de la tarde.

Mas, como de mucho tiempo atrás vivíamos esperando el día sin preocuparnos de la sombra, sucedió que, de pronto, nos sobrecogió el espanto a lo negro, a la tiniebla que se espesa, a la bruma que se cierra, al caos ciego, al pesado cortinaje de la nada.

Y así fué como México se llenó de sorpresa. Las callejas de los viejos barrios se alargaban y retorcián buscando los habituales fulgores, las cúpulas se empinaban en el viento, para distinguir en el remoto horizonte una vaga y trémula línea de luz, un lejano reguero de chispas, la ambulante llama de una linterna, las temblorosas luciérnagas de los farolillos de los coches, el minúsculo fuego fatuo de las cerillas, la roja mosca de lumbre de los cigarros. Las casas se morían de angustia, náufragas en la silenciosa inundación de las sombras. Las torres eran como rígidos brazos que se tendían en muda imploración al cielo. Y con la violencia con que se cuelan en la tierra, cubierta de agujeros, los insectos sorprendidos por la lluvia, los hombres entraban por las puertas de las casas, empujándose, aglomerándose, impelidos a esconderse por el miedo imprevisto a las fantásticas negruras.

En medio del valle, la ciudad se encogió con pavor angustioso como una ave asustada; se durmió bajo su fría red de alambres por los cuales no corría esa enérgica y misteriosa vida que lo mismo derrama la fuerza, que enciende la luz y que transmite los sonidos. El sistema nervioso de la capital estaba paralizado: ni una palpitación, ni un sacudimiento, ni un rayo. Aquí y allá, por rápidas intermitencias, por pequeños fragmentos, la electricidad, hecha fulgor, se revelaba en un pórtico de teatro,

en el interior de un edificio, en luminosas letras de *reclame*..... Después de las campanadas de las doce, la obscuridad ahogó esos restos del naufragio.

¿Qué había sucedido? Que unas llamas muy grandes, lamiendo, lamiendo como lenguas hambrientas, habían devorado el hierro laborioso que engendra la fuerza y la luz para la ciudad. Todo esto lo había hecho la suerte con el objeto de darle a la tiniebla un breve reinado.

Sin embargo, los pocos atrevidos que, a tanteos, recorrían las calles ensombrecidas, en las que las cosas tomaban el aspecto enorme de un sueño, tuvieron que hacer un movimiento raro ya en la moderna existencia metropolitana: alzaron la cabeza, y vieron.....

Vieron los contornos de los techos y las cornisas de las azoteas dibujados con un sutil y frágil hilo de plata, y más arriba, sobre el inmenso azul pavoroso y sombrío, el cristalino cintilar de los astros. ¡Vamos! ¿conque todavía hay estrellas? Las lámparas eléctricas nos las habían puesto en olvido.

Y los audaces transeuntes se pusieron a soñar, a tejer vagas ilusiones, con los estambres siderales, en medio de la impasible serenidad de la noche, empapada de misterio y de *más allá*.....

1905.

LA LIMOSNA INFANTIL

La primera página de este periódico es la reproducción fotográfica de una escena hermosa: un grupo de niños llegó al departamento de administración a depositar su óbolo para las desgracias de Guanajuato. Cada manecita levantada hasta la altura del mostrador de la oficina, fué dejando su moneda. Aquel enjambre de abejas con apagado zumbido de colmena, se acercó a poner sus gotas de miel en el panal de la caridad.

¡Buenas criaturas recién llegadas a la tierra, muchas gracias! En la blancura de vuestras almas, donde el dolor no ha trazado todavía sus estelas de sangre, comienza a irradiar ese fulgor misterioso que hoy es sólo como el reflejo de una luz ajena, que vosotros no sabéis aún de qué parte viene (viene del cielo de los altos espíritus); pero que más tarde crece y brilla con resplandores más poderosos, y en las sombras de la suerte es antorcha, y es faro en las tormentas de la vida!

Este primer impulso de piedad es en vosotros inefable, y nos emociona y nos enternece porque no es solamente la piedad, sino que es también la esperanza. Un chiquitín que extiende el brazo para dar una limosna, socorre al necesitado que la reci-

be y, a la vez, consuela al triste que lo ve. Hasta los escépticos sonríen dulcemente cuando un niño ofrece, en la divina inconsciencia de su debilidad y de su candor, una moneda, un pedazo de pan, una caricia, una palabra de misericordia a la desgracia que pasa, a la miseria que se arrastra, a la aflicción que se desespera.

Y nos acordamos del poeta de las meditaciones: "el hombre es un ángel que se acuerda del cielo."

Esas manos infantiles que se juntaban, mariposeando, sobre el mostrador de la oficina administrativa para dejar caer los pequeños discos argentinos, tal como lirios que se mecen y dejan caer la gota de rocío que rueda de sus pétalos, poseían en aquel instante una conmovedora elocuencia. Decían: "El germen de la bondad ha caído en el surco, y he aquí que brota del terruño la espiga llena de savia que promete el grano de oro y la rica cosecha. No es verdad que la humanidad esté henchida de odios y rebosante de egoísmos. El amor es la única fuerza invencible, la única salvadora, la todopoderosa. Ha pasado el combate de los instintos; se ha extinguido en todos los hombres la ferocidad primitiva; y el anhelo de salvar a los individuos, de libertarlos del sufrimiento, de arrancarlos de las garras sombrías de la muerte, es, modificado y enaltecido, el deseo primitivo y fatal, que todos llevamos, de conservar y perpetuar la especie. Este acto piadoso es en nosotros obra de atávicas y oscuras piedades. Son viejos ímpetus de nuestros antepasados; son informes y arcaicas aspiraciones de bien, que, después de forcejear, de espíritu en espíritu, en nuestros abuelos, toman, por fin, forma de-

finitiva, y se exteriorizan tras una lucha semejante a la de la planta que sale a flor de tierra. Este acto piadoso es un sueño de nuestros ancestrales, realizado al cabo de seculares tentativas. Estas manos infantiles, con ser tan pequeñas, traen cosas grandes, las tres grandes cosas que simbolizó la teología en adorables figuras de mujeres cristianas: la fe, la esperanza, la caridad. El progreso humano está resumido aquí, en estos débiles puños, cerrados como una corola en botón: aquí escondemos una moneda; pero en nuestros corazones escondemos el amor, la compasión, el altruísmo. Y estas semillas florecerán algún día y darán frutos. Y entonces el rebaño doliente cantará, unido, un hosanna a la felicidad imperecedera, a la que mana de la virtud, como linfa pura de una fuente divina."

Eso dijeron las manecitas agitadas.

Y por las almas de los grandes, de los envejecidos del dolor, de los que llevamos en las mejillas el surco de las lágrimas, y en las entrañas el rastro de las pasiones, pasó un soplo fresco de primavera eterna, un hálito de remotos y celestiales cármes, como aquel que hacía vibrar melancólicamente las harpas de los bardos babilonios, entre las ramas lacrimosas de los sauces.

LAS DESDICHAS COLECTIVAS

(Pensando en San Francisco California.)

Acabo de contemplar desde la altura de la casa de este periódico el panorama de mi vieja ciudad. Los rojizos cuadrados de las azoteas se cortan y recortan caprichosamente, entre una red de bordes y pretiles. Y rompiendo por todas partes la enmarañada cuadrícula, torres, cúpulas, miradores, tubos rematados por veletas groseras, tinacos pintados de carmín chillante y molinos de viento de ruedas aspadas, erizan la superficie casi plana y uniforme de los techos. Las curvas de las bóvedas de azulejos y de los campanarios rematados en cruz, se perfilan en el aire claro y gris de esta tarde de Abril. La redonda y azul muralla de la serranía circunda en los horizontes, más allá de las manchas frescas del paisaje, esta metrópoli serena y quieta, bajo el fanal, de cristal ahumado, de los cielos.

Mi exaltada imaginación hace correr por la maraña de sutiles asociaciones de ideas, el recuerdo de la catástrofe tremenda. ¿Cómo pudo ser, cómo fué que, en unos instantes contados por la marcha imperturbable del tiempo, aquella gran capital, ostentosa y magnífica, se deshizo en ruinas, como los

castillos de naipes? Los amigos míos que la vieron y la amaron, están inconsolables. Quéjense, a grandes voces, de que una obra secular de la cultura humana, una tan portentosa fábrica, labrada y pulida por el arte durante largos años de incesante afán, haya caído en tierra destruida sin piedad por el furor obscuro y misterioso del Destino.

El aire, corriendo sofocado y colérico por las entrañas del globo, sacudió la costra terrestre, sobre la cual habíase empinado, para ver el mar, esta ciudad *yankee*, que conservaba, como una arcaica y graciosa coquetería, vagas reminiscencias de la vida colonial española. Linda metrópoli, hecha toda ella de jardines y palacios, llena de chucherías orientales y de barriadas exóticas, henchida de cosmopolitismo, babilónica, deslumbrante, arca de placeres, emporio de fiestas, centro de riquezas, nido de comodidades, parecía San Francisco destinado a vivir en una sempiterna alegría y a ofrecer a los hombres, a los viajeros sobre todo, los raros espectáculos de una existencia híbrida, en la que se habían mezclado gallardamente la belleza latina, el lujo asiático y el *comfort* sajón.

He escuchado las quejas de mis amigos, acabo de recordarlas mientras me distraía mirando, a vuelo de pájaro, el panorama de mi México; pero a pesar de mis esfuerzos imaginativos, a pesar de los ímpetus de mi fantasía, me ha sido imposible reconstruir, vivificar las rápidas escenas de terror, los violentos cuadros de pavor, el sublime pánico de esos momentos de angustias infinitas y de trágicas desolaciones. Sí, imposible. Hago temblar, en la mente, este panorama; lo barro de un soplo; disloco las líneas, arranco las torres y los